Lo que los oydores determinaron.—Llegada que llegó, luego se alteró la tierra y se puso en arma para yr contra los yngleses, y con la mayor brevedad salian de la çiudad muncha jente y tanta, que ya no dejaban yr la que se ofreçia por no dejar sola la çiudad. Enviaron la memoria de lo que pedian los yngleses, y cómo abia de ser la paga y en qué, y el ofreçimiento que hizo al serviçio de su magestad y desculpa de aber tomado el puerto, que abia sido por su siguridad. Visto todo por los oydores, entraron en acuerdo y determinaron dalles la carne y ahua que pedian, y condiçion que hombre dellos no entrase ni llegase á la Veracruz, ni saliesen de la isla, y que allí les llevarian todo lo que ubiesen menester, y que diesen memoria de la carne y de lo que más quisiesen. Andando en estos conçiertos, la jente se prevenia para que no quisiesen hazer algun engaño y estar á punto, y en esta coyuntura, que los yngleses abian empeçado á dar lado á los navíos, y que açeptaban lo que les pedian, ven velas en la mar, munchas y muestra de armada, y luego se aperçibieron, y la artillería suya y de la tierra, y como se venian llegando al puerto los yban conoçiendo ser de España. Esto hizo á los yngleses tener temor, y se recataron y determinaron de no los dejar tomar puerto, y asestaron toda la artillería á la boca por donde abian dentrar; y luego, como se descubrian más los navíos, se determinaron en que era la flota que la tierra esperaba.

CAPITULO XXXX,

que trata de cómo conoçieron los yngleses la flota y armada de España, en la qual venia don Martin Enrriquez por virrey de la Nueva España, y cómo no los dejaron tomar puerto, y las cosas que pasaron los unos y los otros; y el rompimiento que ubo y desbarate de los yngleses, y cómo salió huyendo el jeneral Juan Aquiens con la capitana y en ella el tesoro que llevaba, y la más prinçipal de su jente; y cómo les tomaron los navíos y artillería, y el despojo que les hizieron de negros que trayan.

El miedo quel virrey tuvo quando vió el puerto tomado.—Llegada nuestra flota çerca del puerto, que era la que se abia mostrado, reconoçió como estaba tomado y munchas naos surtas, y con todo quisieron entrar, no atinando lo que podia ser; mas defendióse

por los yngleses que empeçaron á cañonearla y detenella, de que los nuestros quedaron muy confusos y temerosos: porque reçebilles de aquella suerte, y navíos en el puerto de enemigos, fué terrible el pavor que tuvieron, y áun creyeron debia la tierra estar levantada y que abia venido á efecto el rebelion que se abia tratado, y que les abia venido de alguna parte socorro, y quel rey nuestro señor abia perdido el reyno. Estaban tristísimos y cansados del largo viaje, que deseaban la tierra como á la salvaçion, porque tambien trayan los bastimentos acabados; y hallarse en la mar, no seguros de las tormentas della, sino en muncho peligro metidos en aquella costa entre tantos arreçifes, ello debió ser más el miedo que tuvieron del que se puede pensar.

Lo que acordó el ynglés.—Estando en este trabajo, y los yngleses que no le tenian poco en verse çercados por tierra y por la mar, y que no podian huir por tener sus navíos dados lado y descargada la artillería, que la trayan muncha y muy buena, y ellos siguros con lo que se abia tratado con los de la tierra, acordaron de ynviar un barco al jeneral de nuestra armada con aviso de lo que abia, y que si no los dejaban tomar el puerto era por temor no les hiziesen algun daño; que su yntento no era dar pesadumbre ni deservir al rey don Felipe, sino proverse de bastimentos, como lo abian tratado con la audiençia, y la respuesta que tenian y el conçierto hecho; y que si ellos querian pasar por ello y huardar la palabra que sobreste particular les abian dado, ellos les dejarian siguro el puerto. Para esto pidieron á

Agustin de Villanueva, que tenia consigo como por rehenes y siguro, que ya sabian quién era y la muncha renta que poseya, que fuese á nuestra armada; y llevó consigo dos caballeros yngleses, despues de abelle tomado la palabra y iuramento que volveria. Llegado que llegó á la capitana, donde venia el virrey y el jeneral, quera Lujan, allí le dieron cabo y subió, y fué muy bien reçebido, porquestaban todos con grandísima pena, y él les contó el discurso de su viaje y el dél, que abia sido tomalle los yngleses y tenelle preso aunque bien tratado, y muy onrrado, porque lo era muncho el jeneral; y dió el recado que le dieron, de parte de los yngleses, y este tomaron, con ménos alteraçion de la que tenian antes por entender la tierra estaba alçada.

Respuesta del virrey.—Respondió el virrey, que ellos lo abian hecho mal en tomar el puerto y fortificarse en él, y de no dejalles entrar, sino antes cañoneallos; que libremente les desembaraçasen la entrada y lugar para sus navíos, y que en lo demás le harian comodidad y le despacharian. Con esta respuesta volvió Agustin de Villanueva al ynglés, el qual dijo, que el aber tomado el puerto abia sido la causa lo que antes abia dicho, y no con ánimo de ofendellos, y el no dejalles entrar, porque á ellos no los ofendiesen; mas que diesen la palabra de que se huardaria lo que de nuevo se tratase, y quél los dejaria entrar.

Lo que se abia de cumplir por nuestra parte.

Primeramente, dalles las arrobas de carne quellos diesen por memoria abian menester, ahua y leña.

Que se desembarcasen apartados de los navíos yngleses, y que no estuviesen juntas las naos de los unos y de los otros.

Que se hiziese una señal, que fuese á manera de mojonera, para que de ninguna de las dos partes ánima naçida pasase á la parte contraria, so pena de la vida, si no fuesen çiertas personas que señalarian, para que anduviesen en lo que fuese neçesario.

Y que despues de desembarcados en tierra se huardase la mesma órden, de que no se juntasen ni tratasen los unos con los otros; y los yngleses abian de pagar todo lo que se les diese. Así se conçertaron y dieron sus palabras el virrey don Martin y el jeneral nuestro y el de los yngleses, con el almirante y la más prinçipal de la jente que traya; y para mayor siguridad se ofreçieron rehenes, y así se dieron doze de cada parte que fuesen todos caballeros. Agustin de Villanueva, que era el que yba y venia, fué á los yngleses con la resoluçion, y que se huardaria, de no pasar nao ninguna de la señal que tenia, y quél quedaria por uno de los rehenes; los onze ynviaria luego el virrey, y quel jeneral Juan Aquiens ynviase los suyos; y luego escojió doze caballeros de los más prinçipales que traya, porque lo eran todos muncho, y entrellos conoçí yo dos, el uno sobrino de un señor de Yngalaterra pariente del conde de Yorc, y otro muy deudo de la reyna (á éstos hazian gran onrra y serviçio los demás); y ynviólos al virrey muy bien adereçados, con sus cadenas de oro al cuello, que muy claro mostraban ser caballeros.

Los rehenes del virrey jente baja.—Reçebidos en nuestra flota, el virrey hizo vestir onze hombres de los de ménos cuenta que abia en toda la armada, y á éstos ynvió; que oí dizir á Agustin de Villanueva, que quando los vió fué grandísimo el empacho que tuvo, y que quedó corridísimo. Ellos fueron reçebidos del jeneral y tratados muy onrradamente; y otro dia, despues de aber entregádose los unos y los otros de los rehenes, y questaban ya conçertados, estando comiendo el jeneral Juan Aquiens y Agustin de Villanueva, despues de abelle ynviado al virrey el maestre mayor de su armada, que era un hombre de muy lindo talle á quien queria el jeneral muncho, á visitalle, el virrey le detuvo y no le dejó volver, y el ynglés creyó que era para hazelle comer allá; y como digo, estando bien descuydado, vió venir una urca nuestra derecha házia las naos del ynglés, y él como la vió, y que pasaba de la señal que abian puesto se huardase, alteróse y volvióse á Agustin de Villanueva, que acababa de venir de dondestaba el virrey y dejado el negoçio muy en voluntad de cumplir lo tratado, y le dijo:—¿Qué novedad es aquella, señor caballero? ¿Pues no emos tratado que de tal señal, que della acá no pasen

navíos de los de la armada de España hasta que yo me vaya, y que se desembarquen en tal parte? Paréçeme se eçede del conçierto y que aquella urca se viene açercando muncho. Y levantóse para ver mejor lo que era, y vió luego seguilla las demás naos y empeçar á cañonealle.

Meten á Agustin de Villanueva y á los rehenes debajo de cubierta.—Lo que les dijo el jeneral.—Visto esto, hizo meter á Agustin de Villanueva y á los demás rehenes debajo de cubierta y ponelles huardas, y de á poco empeçó á declararse la batalla, despidiendo suma de artillería contra los yngleses; y ellos, vístose así maltratar, tomaron las armas y empeçaron á defenderse, y esto no fué tan á tiempo, ni lo que bastó, que no se entendió luego por ellos que yban perdidos. El jeneral entró en la cubierta, donde venian ó abia mandado llevar los rehenes, con su alabarda en las manos y muy bien armado, y quando le vieron entrar creyeron yba á mandalles dar de puñaladas, y sabe Dios quáles se pusieron; y él con una voz muy lastimosa, dijo: —Señor Agustin de Villanueva, ¿desta manera se cumplen las palabras en España? Comigo se a usado este término que a de costar más que valen mis navíos: á lo ménos la caballería que profesamos en mi naçion huardamos mejor las palabras. Agustin de Villanueva y los demás, estaban por momentos ahuardando quándo abian de entrar á dalles de puñaladas, y respondió al jeneral:—Yo no sé qué aya sido esta novedad. Aquí estamos; vuesa señoría podrá hazer de nosotros lo que fuere servido, que razon tendrá de

usar de lo que se hiziere con los suyos. El jeneral respondió:—Por çierto, señor, ocasion se me a dado para todo; mas no lo permite el ser yo caballero. Pésame de dejar á vuesas señorías (que así se llamaban entre jente baja y cruel), y que se an de querer vengar: en aquella pieça ay armas, tómenlas y defiéndanse, que yo me voy.

Cómo se fué el jeneral ynglés.—No ahuardó á más razon y se fué y embarcó en la capitana, donde abia hecho llevar la plata y oro y cosas ricas que llevaba, y con treçientos hombres, de los que en más tenia, se hizo á la vela y huyó mientras andaban revueltos los demás en defenderse, y salió por donde jamás se vió pasar ni á un barco por los munchos arreçifes que ay (40). Vístole huyr, dieron en seguille; mas no fué posible alcançalle, ni naos grandes se atrevieron á yr por dondél fué, y así le dejaron. Los rehenes, vístose aflijidos, acudieron á las armas y tomaron el escotillon, ques por donde los metieron, y allí se pusieron defendiendo ynglés no les entrase: y andando en esta revuelta, los nuestros vinieron á desbaratar los yngleses y matalles munchos, y tomalles las naos y artillería, prendiendo los que quedaron vivos, y abiéndoles saqueado los navíos, en los quales no hallaron más de negros, questos abia munchos y entre todos se repartieron, aunque despues los pagaron á treçientos ducados por pieça, abiéndolos tomado peleando, y de sus enemigos y luteranos, que lo eran.

Victoria de los nuestros.—Allí se quemó la urca y se perdió con todo lo que traya dentro, y los señores de la

hazienda y urca perdida quisieron que se pagase con el despojo de negros y otras cosas el daño, y á cabo de un año ó más enviaron çédula de su magestad. Abiéndole hecho relaçion que Agustin de Villanueva y otros munchos abian sacado más de duzientos mil ducados, hízose dilijençias prendiéndolos, y al fin se cobraron los negros, pagando por ellos á trezientos ducados; cupiéronle Agustin de Villanueva çinco pieças dellos y las pagó como e dicho, que, çierto, si pago abia de llevar por lo que pasó y el riesgo en que se vió, no eran munchos çien negros. Quedó quejoso del virrey que le puso en tanto peligro, y no le descubrió lo que pensaba hazer, porque como detuvo al piloto ynglés, que abian ydo juntos, le pudiera detener á él y libralle de un gran aprieto en que se vió. Los nuestros cantaron victoria, y entraron en el puerto haziéndose señores dél y de los navíos yngleses y toda la artillería, que valia muncho: dizen que ponia lástima vellos de rodillas pidiendo la vida; dejaron de matar munchos, á los quales prendieron y ynviaron á Mexico, á donde llegaron muy destroçados y algunos heridos.

CAPITULO XXXXI,

que trata de cómo el virrey se partió para Mexico abiendo dejado el puerto de San Juan de Lua fortificado, y de cómo llegó á él y el reçebimiento que se le hizo; y cómo arribó el jeneral Juan Aquiens, el ynglés, á la Florida, donde dejó la mayor parte de la jente, porquel navío llevaba demasiada carga, y lo que más suçedió.

ABIENDO ya sido desbaratados los yngleses y tomádoles los navíos y artillería, y presos los que quedaron vivos, y el virrey desembarcado y ya en tierra él y toda la armada, aunque con pérdida de la urca, que fué muncha, y de algunos soldados, y estando contentos porque no creyeron verse señores del puerto, determinó el virrey de poner la isla con más huarda y recato; abiendo ynviado